

Juan Manuel del Río

CUENTOS INTEMPORALES

8 cuentos intemporales escritos al relente de los días

- 1.- *Abrahám el nómada*
- 2.- *El abuelo*
- 3.- *El olivo de la paz*
- 4.- *El tren, parábola imperfecta*
- 5.- *Enviado especial al Aconcagua*
- 6.- *La cueva de Adán*
- 7.- *Los espías de Jericó*
- 8.- *Sueños tertulianos*

1.- ABRAHÁM, EL NÓMADA

Como un trallazo, seco, cegador, el relámpago impactó en Abrahám y el cuchillo saltó por los aires. Su mano quedó en alto, patéticamente alzada, y él, sobre el ribazo más encumbrado del monte Moriah, con gesto eternizado por la sorpresa, el asombro y el miedo.

Poco a poco fue volviendo a la realidad; recobró la dimensión de sí mismo y de su entorno. La tormenta se fue alejando con gran aparato eléctrico; los truenos retumbaban con eco cada vez más lejano.

Padre e hijo se miraron con mirada asustada, angustiada, que denotaba miedo, pánico y perplejidad. Isaac saltó de la piedra, que hacía de altar sacrificial, en cuanto notó aflojarse la mano de su padre sobre su cuello. Dio unos pasos, vacilante, y cayó de rodillas. No pudo contener la emoción y lloró con sollozos entrecortados; las lágrimas bañaron su rostro. Su padre, mudo por el terror, miraba al cielo; cerró los ojos mientras poco a poco volvía sobre sí mismo. Y ambos dieron gracias a Dios por el sacrificio ritual no consumado.

Brillaba de nuevo el sol sobre las rocas blancas del Moriah. A la tormenta siguió la calma. En lenta ascensión se fue elevando el humo del sacrificio sustitutorio (un chivo del rebaño) de Isaac, el hijo-figura del que siglos más tarde se ofrecería, una sola vez y para la eternidad, sobre el mismo lugar.

Aquella noche Abraham, tumbado a la vera de un olivo y resguardado del fresco por el promontorio de rocas, teniendo ante su vista las pocas casas de la que habría de ser la más célebre ciudad del mundo, Jerusalén, no podía conciliar el sueño. El firmamento, profundo y limpio, estaba cuajado de estrellas; eran estrellas a borbotón. Todas se movían inquietas, en el cielo infinito, como si quisieran decir algo; es más, como si quisieran gritar, desde su elocuente silencio de metálica luz.

Abrahám se movía de un lado para otro, con desasosiego. Sus ojos despiertos miraban el ancho cielo; luego los cerraba; seguía oyendo aquella voz que le venía de lejos y le susurraba:

-“Tu descendencia será más numerosa que las estrellas del cielo o las arenas de las playas”.

-¿Y yo quién soy, -se preguntaba a sí mismo Abrahám; apenas un pagano, un aldeano, perdido en el hondón del tiempo, un nómada de esperanzas..., barruntador y buscador de transcendencias...

Pero en la noche profunda de su alma inquieta la voz insistía:

-Tú eres y serás profeta de profetas, patriarca, padre y conductor de un pueblo que desde ti irá creciendo, será inconmensurable, abarcará el orbe entero, no tendrá final...

-¿Yo...? Yo soy, ante todo -se respondía a sí mismo-, un hombre de carne y hueso, taladrado de silencio, buscador de mi propia verdad. El miedo me invade. Hombre débil soy...

Y mientras en el cielo las estrellas seguían su curso, sobre el monte Moriah Abrahám se adentraba en la fe que le convertía en creyente. Veía, cerca de él, a su hijo Isaac, que ajeno a los problemas y pensamientos de su padre, dormía plácidamente; mientras contemplaba a su hijo con infinita ternura, le pareció verlo transfigurado, resplandeciente, pendiente de una cruz entre el cielo y la tierra, muerto y resucitado, glorificado. Pero desde el fondo de su conciencia sensibilizada, la voz le insistía:

-No, Abrahám, no; Isaac, tu hijo, es sólo figura, aunque figura que trasciende el tiempo. No te despistes; a ti te toca, tan sólo, inaugurar los hechos primeros, colocar los mojones simbólicos de la historia que el tiempo se encargará de transportar a realidades transcendentales...

Abrahám no estaba para elucubraciones mentales; no entendía apenas nada. Por fin le venció el sueño, y quedó profundamente dormido, por el cansancio y la hora. El sueño reparador le trajo escenas, aún recientes. Se vio a sí mismo saliendo de Jarán, agobiado por el hambre, caminando hacia Egipto, uno más, entre los pastores hicsos; todos iban en busca de trabajo y comida. Pero Egipto no le convenció; él era hombre de paz, pero los hicsos eran belicosos. Sin pensárselo más, echó a andar, camino de regreso, en compañía de su esposa Saray y Lot, su sobrino. Al llegar a Canaán, le

pareció que aquella era tierra, si bien pobre, sí lo suficientemente razonable, para poder vivir en paz y sin demasiados apuros económicos, aunque a costa de separarse de su sobrino Lot; de otro modo, no habría pastos suficientes para los rebaños de ambos. Así lo hicieron.

Aunque estaba ya amaneciendo y el sol hacía platear los olivares, Abrahám seguía dormido; su sueño se desarrollaba en una secuencia de escenas vívidas. Creyó quedarse sin aliento, por la fatiga en la dura persecución, cuando en compañía de los 318 hombres que pudo reunir, tuvo que salir a toda prisa desde el encinar de Mambré a entablar batalla. En efecto, le avisaron que Lot, su sobrino, que vivía en Sodoma, había sido capturado.

Antes se había entablado otra fiera batalla; fue tremenda y cruel. Los reyes de Senaar, de Elasar, de Elam, de Goim, declararon la guerra a los reyes de Sodoma, de Gomorra, de Adamá, de Seboím, de Segor. Fue una sublevación en regla, tras doce años de sometimiento. Los vencedores saquearon Sodoma y Gomorra y, naturalmente, se llevaron a Lot, que era rico y principal en la ciudad.

Abrahám desplegó toda la energía de que fue capaz y, con toda su gente, cayó sobre ellos ya bien entrada la noche. Los derrotó, y a los que huyeron los persiguió hasta Jobá, al norte de Damasco.

Cuando, con la satisfacción del triunfo, venía ya de regreso, tuvo que detenerse llegando ya a Jerusalén. A su encuentro salieron el rey de Sodoma con todo su séquito, profundamente agradecido, y Melquisedec, rey de la antigua Salem, más conocida por Jerusalén, y sacerdote del Dios Altísimo. Con gesto elocuente y profético bendijo a Abrahám, el gran triunfador.

La bendición llenó de serena paz el alma del Patriarca. Y, justo en ese momento, Abrahám se despertó; vio a su hijo Isaac, todavía un mozalbete, que ya levantado, preparaba el fuego para hacer el desayuno. Lo contempló complacido y lleno de cariño:
-Paz, hijo mío, que Dios te bendiga. Buenos días. Tendremos que darnos prisa, antes que se haga tarde, pues saldremos hacia Berseba.

Antes de espabilarse del todo, contempló una vez más la aldea de Jerusalén que, poco a poco, se iba despojando de la pereza del amanecer. No supo con claridad si aún seguía soñando. Pero de pronto, vio que Jerusalén era una gran ciudad; restregó sus ojos, no soñaba; sus muros, sus piedras, sus calles, todo, rezumaba historia, santidad y pecado. La muchedumbre se apretujaba en las estrechas y empinadas calles. Los soldados se abrían paso con dificultad. Los golpes secos y al unísono de los tambores marcaban la marcha. Por sobre las cabezas de la multitud sobresalían tres cruces. La del centro era mayor; su portador, Jesús de Nazaret.

-¿Jesús de Nazaret...? Si tiene la majestad de un rey..., y es también profeta, y sacerdote...; pero no del templo, imponente y majestuoso, de cúpulas doradas, que va quedando a un lado... ¡Dios mío, si es el Mesías...! ¿Pero qué digo? La tormenta de ayer debe haberme trastornado.

Recogió sus pertenencias, fue bajando por una senda que bordea la *Yerusalaim* hebrea, antes *Urusalim*, por su nombre cananeo, conocida también por su nombre fundacional *Salem*, según constaba en los archivos reales de Ebla, en Siria, y en las cartas de Tell Amarna, en Egipto; a la que los jebuseos llamarían Jebús, y David convertiría en su ciudad *La Ciudad de David...* ¡*Jerusalén!*, y se dirigió, en silencio, con su hijo hacia Berseba.

Tanto él, Abrahám, como su hijo, Isaac, no sabían de historia. Ellos eran, nada más y nada menos, que el mojón inicial de una historia que, en verdad, habría de llamarse, y se llama, *La Historia Sagrada*.

Cuando este cronista, testigo de excepción, se dispone a redactar estas líneas, el sol luce radiante sobre Jerusalén, la ciudad santa, y los cristianos celebran ya, con gozo irreprimible, la fiesta grande y triunfal del Domingo de Resurrección, plenitud de la Historia.

2.- EL ABUELO

Era yo niño en la edad y en el tiempo. Aún no conocía los avatares de la vida, ni de la historia. No podía leer ni prever el futuro, porque carecía de un pasado; o mejor dicho, no. El pasado mío era mi abuelo, aquel hombre sabio eternizado en esa veta de serenidad y cordura que distingue a los hombres que saben anclarse en el presente visual y permanente que la vida ofrece, en principio a todos, y que sólo unos pocos aceptan. Lo veo aún sentado en lo más alto del acantilado, contemplando el mar inmenso, las olas siempre activas, cambiantes, de colores irisados, fascinantes.

-Jamás verás dos olas iguales. El mar es como la eternidad: eterna, hijo, eterna, pero nunca quieta. Nada hay que sea estático. Sólo los dioses griegos y los burgueses son estáticos.

Por más que le escuchaba boquiabierto, poco le entendía.

-Es cuestión de acoplar nuestra mente, siempre en ebullición creadora, con la vida que reverbera en todas y en cada una de las cosas.

-Abuelo, entonces, las olas, el agua, el viento.... ¿también tienen vida?, ¿lo mismo que los pececitos, o que las gaviotas?

-Lo mismo, hijo, lo mismo.

Yo me quedaba callado, luego me ponía a cortar las pequeñas margaritas y malvas que crecían en la explanada encima del acantilado; cuando reunía un puñadito las acariciaba, y hasta les hablaba con mimo en una especie de monólogo compartido; porque las flores, como los niños, tampoco son mudas. Y nos poníamos a jugar. Era yo el niño más feliz. Luego les iba arrancando los pequeños pétalos a las margaritas; creo que se reían, seguro que se reían, porque también a mí me entraba la risa en la cháchara que manteníamos. De pronto, las flores y yo nos quedábamos callados. Ellas se ponían tristes, lo notaba enseguida, porque se mustiaban, se ajaban; momento que aprovechaba

para ir de nuevo junto al abuelo, aquel hombre lleno de vida y sabiduría, que parecía estar solo en lo alto del acantilado, y era todo lo contrario. No hay soledad donde hay libertad. Y él era más libre que las gaviotas; dueño de sus pensamientos, su mente se adentraba en el tiempo, el hermano gemelo de la eternidad. ¡Qué bien sabía sintonizar con la naturaleza y las cosas!

-Hijo, aquí no existe la soledad.

Con el correr de los días, no me ha sido difícil comprender por qué mi abuelo amaba la soledad del acantilado. Era una soledad sonora, llena del lenguaje de las olas, de los peces, de las gaviotas, de las margaritas, de las estrellas.... de la vida. ¡Qué gran verdad!

-Abuelo, ¿ qué estás leyendo ahora?

Alzaba la vista de las páginas sabias del libro, me miraba con aquella dulce e inteligente mirada que penetraba más allá del mar, y como de costumbre, me revolvía cariñosamente los bucles que caían sobre mi frente.

-Escucha, escucha, hijo, esto; es épico, sublime: "Clamo a la memoria de este recuerdo, reúno mi vida dispersa en el viento; de pie como un soldado ante el general, hago mi informe al Greco: porque él está forjado con la misma tierra cretense que yo y puede comprenderme mejor que todos los luchadores vivientes o extintos".

-Abuelo, eso, ¿lo has escrito tú?

-No, hijo, no. Lo ha escrito alguien de alma excepcional. Un hombre enamorado de la vida, de las cosas; inconformista, como el Greco.

-¿Abuelo, quién es el Greco?

-Un hombre que ha sabido, como su autor, imprimir el dramatismo, épico y valiente, que cada persona y cada cosa posee; y que hace que todo adquiera, de pronto, ese sentido sublime que las significa

Por supuesto, yo seguía sin entender apenas nada. Pero me sentía a gusto junto a mi abuelo, para mí, el hombre más sabio -no me cansaré de decirlo-, que leía mucho, que sabía mucho, y que me contaba tantas cosas...

-Y ¿cómo se llama el que ha escrito eso?

-¡Uy! Tiene un nombre muy raro para ti. Pero algún día, estoy seguro, leerás sus libros con fruición. Kazantzakis. Se llama Kazantzakis. Y el libro, Carta al Greco.

Han pasado muchos años; una eternidad, transcurrida sin apenas darse uno cuenta, como se pasa el tiempo, aparentemente estático, junto al mar. Hoy, sentado sobre un frío peñasco, en una de las estribaciones de los Andes, me vienen a la memoria, casi sin saber por qué, aquellos felices días de la infancia. Cincuenta años, y un mar de por medio, nos separan.

En este intermedio, todo ha cambiado tanto... Aquí, por el contrario, la vida y las cosas parecen no haber variado mucho. Lo mismo que entonces a la orilla del mar, aquí, en las alturas majestuosas, agrestes, imponentes de los Andes, el tiempo se ha detenido. Sólo el pensamiento se mueve por encima del tiempo mismo, de la vida y de los días.

Y así, apostado al abrigo de este peñasco, veo pasar a los indígenas, taciturnos, callados, sabios, con su soledad de siglos, que tampoco lo es. Que también aquí la vida pulula por todas partes; y la soledad es tan sonora, que me hace retroceder en el tiempo, hasta el acantilado donde pasé las horas más felices de mi vida, junto a mi abuelo. Están haciendo la ruta anual de la sal, con su caravana de llamas. Estos camélidos, familiares e imprescindibles en estas latitudes del planeta, son la gran solución para el transporte.

La caravana se ha detenido. Hay que reparar fuerzas. Los indígenas, pastores de sus rebaños y de la soledad que les rodea, han ofrecido, en primer lugar, un poco de alcohol a los Achachilas, o divinidades, de la montaña. Luego, con la hospitalidad que les caracteriza, a mí me han dado un mate de coca; es delicioso, sobre todo en estas alturas, donde el sol, en el día, no calienta pero quema el rostro; y en la noche, la luna llena, con su luz limpia, traslúcida, de fría plata, es reina soberana.

La respiración se vuelve fatigosa. El paisaje andino es sobrecogedor; yo diría, divinizante. Un panteón, en suma, de todas las divinidades que, aunque pueda parecer lo contrario, no aplasta sino que nos crece, desde nuestra raíz y pequeñez de hombres, hasta hacemos verticales.

-Eso, verticales, abuelo, como el Greco, arropados por la Pachamama, la gran diosa-madre-tierra.

Debo ser reiterativo, y decir que en esta cósmica y planetario soledad, tampoco hay soledad. El silencio es transparente, y la nieve, retractada por el sol, es la cara risueña, alegre, de la montaña. Aquí todo trasciende a la altura, y más allá de la altura, porque todo es altura

Esta gente es soñadora, el indio es soñador de muchas lunas, de eternidades trasvasadas al tiempo. Raza sublime y eterna. Morenos de sol, curtidos por el frío, estos indígenas no viajan sólo geográficamente; viajan, sobre todo, en el pensamiento, saltando los días y el tiempo, anclados en sus raíces ancestrales. Son verticales.

-Como el Greco, abuelo, como el Greco.

Trascienden el tiempo. Ellos, como yo, están anclados en el hualupacha, es decir, viajan del presente al pasado, y del pasado al futuro, al encuentro cotidiano de sus antepasados, omnipresentes en el universo, cosmográficamente onírico y vertical, de los espíritus y las divinidades que son y guardan sus raíces.

-Abuelo, «hoy clamo a la memoria de este recuerdo ... », y te veo a ti, eternizado en el acantilado simbólico de mis sueños. Tú, leyendo libros de épica grandeza; yo pastoreando llamas que recorren incansables los Andes, arropados -hombres y llamas- por la Pacha-Mama, los Apus y los Achachilas, divinidades protectoras, de un viaje -en espiral me lo imagino- a la entraña misma del cosmos, del tiempo y de los antepasados, escondidos y omnipresentes, en la montaña enhiesta, de cósmica grandeza.

Mientras el grupo de indígenas hace su ofrenda nocturna, el Chika-aruna, que entiendo como oración de la noche, que da gracias e implora benevolencia en el largo viaje, yo me quedo viendo, en la fría y hermosa noche, la danza de luz y nieve que forman los picos góticos de los Andes al paso de algunas nubes. Hay luna llena.

-Abuelo, ese gigante es el Illimani, ¿sabes?; mira, es como un dios, vertical, que trasciende la altura. Se parece al Greco.

-Hijo, ahora comienzas a entender. Exacto. El Greco es vertical..

-¿Por qué, abuelo?, ¿por qué el Greco es vertical?

-Por inconformista, hijo, por inconformista. Y por religioso, profundamente religioso, que no comulga con los dioses olímpicos de sus antepasados, burgueses y aburguesados. Es el hombre que ama su raza, su tierra; conoce sus raíces, igual que los indígenas; y al adentrarse en el panteón de los dioses, no se arrodilla; protesta y se pone en pie.

-Abuelo, el Illimani también se ha puesto en pie. ¿También protesta?

-Exacto, hijo, exacto; también. Veo que lo has entendido.

-Abuelo, ¿sabes?, aquí tampoco hay soledad (parafraseando): «Se han reunido nuestras vidas dispersas en el viento ... ».

-(a dúo) « ... y hacemos nuestro informe al Greco: porque él está forjado con la misma tierra cretense que nosotros y puede comprendernos mejor que todos los luchadores vivientes o extintos».

-¡Bravo, abuelo, bravo!

La grácil gaviota y el cóndor majestuoso se fueron elevando suavemente hasta perderse, hermanados, en el infinito.

3.- EL OLIVO DE LA PAZ

Al amparo de la multitud, me aparté del grupo, aproveché que nadie notó mi ausencia y fui a esconderme entre los amplios pliegues del añoso, vetusto y amplio tronco del frondoso olivo. Huerto de los Olivos. Getsemaní.

Rajado por los siglos, y las miradas de los turistas, el viejo olivo guardaba mucha historia. Sentí una necesidad apremiante de ir a preguntarle...

-¿A preguntarle qué...?-pensé.

-No lo sé... -me contesté a mí mismo. Yo sólo sabía que él sabía.

-Es suficiente, -me dije. Y comencé el diálogo con una pregunta trivial: que cuánto tiempo llevaba plantado allí...

-No lo recuerdo, hijo, no lo recuerdo. He perdido la memoria. Soy tan viejo... Miles de años.

-Entonces, ¿sabrás muchas cosas, habrás visto pasar la historia junto a la sombra de tus ramas? ¿Qué es lo que más te ha impresionado?

-¿La historia...? Sí, toda la historia he visto pasar desde aquí. Las guerras, hijo, las guerras, me han impresionado; y, sobre todo, me han dolido. Me ha dolido la imposible paz de esta tierra que llaman, y es, santa; la paz que yo llamo del "nunca jamás". Pero lo que más ha marcado mi existencia, ha sido ver llorar a Cristo...

Noté que el viejo olivo se estremecía como en un sollozo que recorriera todo su añoso tronco.

-Cuéntame.

-Cada vez que lo recuerdo, la emoción embarga mi ser. El Maestro venía frecuentemente al huerto. Aquí solía sentarse, a mi vera. Le gustaba la frondosidad de mis ramas, mi sombra protectora. Aquélla, lo recuerdo muy bien, era noche de luna, espléndida. Pero él estaba triste, muy triste. Se arrodilló, y se puso a rezar, como solía. Pero lo vi inquieto. Juntó sus brazos, apoyó su cabeza en ellos y comenzó a sollozar. Era un llanto que conmovía, punzaba, y traspasaba el alma. Lloró amargamente, pero sobre todo rezó;

rezó por Jerusalén, y su oración era como el clamor aunado de todos los profetas. A la luz de la luna, la sombra del magnífico templo nacional, extendida por toda la explanada, era como una alfombra que invita a arrodillarse en actitud reverente de adoración. El Maestro rezaba y lloraba también por el templo. Me pareció oír que decía: "Día vendrá en que no quedará piedra sobre piedra..."

-¿Es posible?

-Y tan posible, hijo, tan posible. No muchos años después de la muerte del Maestro, el 66, los judíos tuvieron una rebelión. Los romanos, dueños entonces de medio mundo, no se anduvieron con historias y entraron a saco. Cuatro años más tarde, Tito destruyó completamente Jerusalén; y, lo peor de todo, también el Templo. Ha sido el sacrilegio más grande de la historia; y el que ha provocado más llanto, más divisiones y más guerras.

-¿Más guerras, por qué?

-Los judíos no podían, ni debían, aguantar semejante humillación. Todo lo hubieran soportado, todo, menos quedarse sin el Templo. Y en el año 132 inician una nueva rebelión dirigida por Bar-Kojvá. Ahora es Adriano, emperador de Roma, quien ataca. Y hasta le cambia el nombre a la ciudad santa.

-¿Qué nombre le dio?

-Uno esperpéntico y pagano: Aelia Capitolina.

-¿Pero en el siglo IV las cosas cambiaron, ¿no? ¿No fue cuando se convierte Constantino al cristianismo...?

-No, no cambiaron. Porque, si por una parte, es cierto que vino una etapa de paz, no duró mucho. La dominación bizantina trajo paz, se construyeron iglesias, se extendió el cristianismo... Pero a comienzos del siglo VII son los musulmanes los que entran en acción. Jerusalén pasa a ser para ellos la tercera ciudad en importancia, tras la Meca y Medina. Lo cual, tampoco hubiera tenido mayores consecuencias. Pero es que, el año 1.009, el califa Sakim hizo la barbaridad de destruir el santo Sepulcro, y esto provocó la animosidad entre Oriente y Occidente, que dio lugar a la entrada en acción de los Cruzados

-¿Cuándo entran los Cruzados en Jerusalén?

-Finalizando el siglo XI, concretamente el año 1.099. Pero no había pasado un siglo de su estancia en Tierra Santa y ya Saladino, el flamante príncipe egipcio, les estaba infligiendo la más absurda derrota.

-¿Por qué absurda?

-Porque prácticamente no hubo lucha. Situados los Cruzados en los Cuernos de Hittín, los musulmanes aprovecharon la brisa que se levanta a mediodía; prendieron fuego a la hierba, los acorralaron formando un cerco, y los Cruzados murieron calcinados dentro de sus armaduras. Sucedió esto el año 1.187.

-Sin embargo, los Cruzados construyeron muchas fortalezas...

-Es verdad, fueron grandes guerreros, y grandes defensores de los Santos Lugares. Y por lo mismo, construyeron enormes y sólidas fortalezas. Pero va te he dicho que ésta es tierra de guerras. Precisamente, el año 1.263 el sultán mameluco egipcio, Baibars, les conquista a los Cruzados las formidables fortalezas del litoral. Y cuando en 1.291 el sultán El-Ashraf, conquista y arrasa Acre, la capital de los Cruzados, podemos decir que es también el fin del Reino Latino de Oriente.

El viejo olivo, hizo una pausa; era evidente que le pesaban los años, y un deje de tristeza sacudía sus ramas. Pero le pesaba más la historia. Una historia dolorosa de guerras, modernas y antiguas. Los turistas y peregrinos disparaban sin cesar sus cámaras fotográficas. No deseaba que advirtieran mi presencia, que hubiera supuesto un sacrilegio más a la historia. Mientras los grupos de peregrinos proseguían su marcha, todavía pregunté:

-Mi viejo y querido olivo, díme, por favor, ¿estabas ya aquí cuando Abraham subió al monte Moriah con su hijo Isaac, para el sacrificio?

-Gracias por la pregunta, que me ha hecho refrescar la memoria. Sí, estaba; y mucho antes. ¿Recuerdas cuando Noé, tras el Diluvio universal, mandó desde el Arca una paloma para ver si las aguas habían bajado?

-Sí, creo recordar que a la tercera vez, regresó llevando en el pico una ramita de olivo.

-Exacto. Pues ésa, cabalmente, fue la rama que prendió en este lugar y que dio origen a este frondoso, multiseccular y, como ves, añoso olivo con el que estás hablando. Y aunque me veas tan viejo, te diré que nunca, nunca, me terminaré. Soy, preciso es decirlo, y preciso que lo sepas, el olivo de la Paz. Yo vi a Josué atravesar el Jordán, trece siglos antes de Cristo, y conquistar la tierra de Canaán. Y contemplé, al poco, la llegada de los filisteos. De mí tomaron el aceite para ungir a Saúl como primer rey de Israel. He contemplado la invasión y ocupación de Samaria por los Asirios. Y el exilio de las diez

tribus del norte. Y la destrucción primera de Jerusalén y del Templo por Nabucodonosor. Por aquí pasó Alejandro Magno cuando conquistó Palestina. Asistí con horror a la profanación del Templo por Antíoco IV... Pero mi savia se rejuveneció cuando vi brillar, en aquella noche de paz, al comienzo mismo del Nuevo Testamento, la estrella que guiaba a los Reyes Magos hasta Belén. Por aquí pasaron, ellos eran también gente de paz y de bien. Y me eternicé, como símbolo de paz, y de gozo eterno me estremecí, cuando aquel día José, con la Virgen y el Niño, junto a mí pasaron. Más eran las ramas con las que aclamaron al Mesías en aquel domingo triunfal. ¡Hosanna, hosanna...!, gritaba a coro el pueblo entero. Yo bailaba de emoción... Mas, también lloré, y sigo llorando, aquella noche del jueves al viernes santo, al ver llorar al Maestro...

Respeté, en profundo silencio, el llanto del Olivo de la Paz, en Getsemaní. Me abracé fuertemente a él, le di un beso y, sin poder reprimir una lágrima, con infinito cariño le arranqué una hoja, la puse junto a mi corazón, y proseguí mi peregrinación.

4.- EL TREN, PARÁBOLA IMPERFECTA

La tundra, helada, interminable, infinita, tenía el color blanco-ceniza de la soledad de la nieve. Nunca había sentido tan de cerca la tristeza del paisaje aterido. El transiberiano se movía con pesada monotonía. En mi maleta, los libros se agazapaban como queriendo huir de su soledad, que no se diferenciaba mucho de la mía.

-Buenos días, me dijo alguien, así lo supuse, en una lengua que no entendí. Esboqué una sonrisa, como contestación amable, le extendí el billete, y seguí leyendo. El revisor picó el tiket, anotó y se marchó. Yo seguí leyendo el Archipiélago Gulag disimulado tras unas pastas del Quijote. Luego me detuve. Peligro, pensé. Cerré el libro, eché a correr. Con dramatismo y furia, salté las alambradas electrificadas y seguí corriendo. Crujía la nieve bajo mis pies y el aullido de los lobos me estremecía. Lejos, muy lejos, podía vislumbrar la lejana playa de la libertad donde me aguardaba Françoise Sagan.

Yo corría, mi mente corría, los dos corríamos juntos y más que el tren; éste seguía avanzando despacio, con una especie de desaliento aprehendido en la monotonía interminable de las estepas siberianas. El frío se colaba por los vagones casi vacíos. Desde mi sitio veía el dormir acompasado de algunos pasajeros.

-¡Buenos días, tristeza ... ! -oí que alguien me saludaba-. (¿Tristeza ... ? -me dije. No estoy triste, simplemente, pienso).

-¡Buenos... -inicié, y a punto estuve de completar, como contestación, la ritual frase... días!. Pero me di cuenta que en los asientos más cercanos no había nadie. Menos mal. El sentido del ridículo me incomoda. En las playas de mi mente había también mucha soledad, me fui adormeciendo, estirado en el paisaje borroso de la estepa interminable, y mi mente buscó el acantilado, la playa, el verano, el punto opuesto al paisaje gélido de la tundra. Un hombre viudo y su hija paseaban por la casi solitaria playa, en la espléndida novela; él no perdía de vista a Elsa. Los amoríos de siempre. Sentí un frenazo en forma

de golpe seco y chirriante. Pude ver en ese momento cómo Ana moría, en accidente, casi, casi llegando a París. Me sobresalté.

El tren había efectuado su parada en una estación perdida en medio de la tundra. Creí que había sido un terremoto, ¿el de Lisboa...?. Año 1755. Levanté la vista hacia la maleta de los libros. Cándido estaba tranquilo; él había estado allí de manos de Voltaire y me lo podría aclarar. No dijo nada. Entonces, no. El asiento contiguo seguía vacío. Y la estación desierta; la pequeña campana que sobresalía por entre el frío y la neblina me recordó las que había visto en las antiguas estaciones ferroviarias de España. Me enfundé aún más en la fuerte chamarra. Tras la ventana de la estación se adivinaba una sala y en ella una vieja estufa a carbón. Se parecía a una cárcel, si bien, quizá más caliente. No sé por qué, me acordé de Marco Polo dictando a Rusticiano de Pisa el Libro de las Maravillas del mundo. Pero esto no era Venecia, de agua y sol, góndolas y romances, sino la Siberia.

Un plebeyo, pero sabroso bocadillo de tortilla española, a la francesa, -para acreditar mi origen europeo-, me devolvió a una realidad más risueña. Me puse a tararear Katuska, a dúo con Sorozábal. *¡Katuska, Katuska, qué va a ser de ti...!* Gritábamos fuerte porque no nos oía nadie. Pero se nos impuso alguien que cantaba, con voz de bajo profundo, viejas canciones del Don.

El tren seguía su marcha. Hacia dónde? ¿Dónde está la estación final? Buena pregunta, me dije a mí mismo. Cambiando de postura, me volví hacia el asiento de al lado dirigiéndome a la noble figura envuelta en un largo gabán blanco:

-Santidad, usted que acaba de tener una visión espectacular sobre el fin del mundo, dígame, vamos bien en esta dirección?

Gregorio XVII me miró compasivo, casi con mimo; temía, como el que más, el estallido de una guerra nuclear; se limitó a decir que somos los bufones de Dios. Lo dijo, y tuvo que abdicar. Sentí una especie de rabia reprimida, e increpé a Morris West:

-Señor West, usted juega con los sentimientos. Pero el amor, la fe, la esperanza, viajan en el mismo vagón.

-No estés tan seguro, -intervino Anton Chejov; luego, como haciendo sitio al silencio, quitó el vaho del cristal con la manga de su abrigo-; continuó: ¿ves esos pobres campesinos, están ateridos de frío y muertos de hambre, qué esperanza de vida tienen?

-Ninguna, pero son los pocos clarividentes que aún quedan en el mundo, aunque no sepan leer ni escribir, señor Chejov, -le dije. -Son esclavos, simplemente esclavos, eternos esclavos, -no supe si era yo o mi mente quien se pronunciaba-, y en ellos, como en todo ser humano que vive esclavizado se incubaba el resentimiento, el odio, la sed de venganza. Y esa sed de venganza está por encima de toda ética. -Dije, y me callé.

¿Dónde habría leído yo semejante diatriba? Lo mismo da. La frase era tan redonda, hermosa y vacía como cualquier discurso político, aunque más real.

-También, camino de incansable libertad, -apostilló Milan Kundera.

--¿Libertad, ha dicho usted? ¿Qué es la libertad? -pregunté de mala fe- porque la pregunta sobre la libertad es tan insidiosa como la pregunta sobre la verdad. (¿Qué es la verdad?, -había preguntado Pilato, el egregio patrón de los políticos, con afectada modestia, ante el tribunal de Dios). Insistí:

-¿Qué es la libertad?

-Yo diría que.... el amasijo de una historia de amor, celos, sexo, traiciones...

-¿Ah, sí? ¿Para terminar limpiando cristales como Tomás, su médico, tan insoportable como la insoportable levedad del ser? Ese es argumento válido para una novela, para cualquier novela, no para mí. No me convence. Aunque, la verdad, le felicito a usted; la suya es de las que más me han gustado. Extraordinaria. Le ruego, por favor, que me estampe su autógrafo. ¡Gracias!

Siguió un largo silencio. Miré por las ranuras, en forma de pequeños riachuelos, que el vaho dejaba en el cristal al escurrirse condensado. Se adivinaba a lo lejos un pequeño pueblo. Casas humildes, de madera. Me pareció ver a la madre de Gorky, disfrazada de peregrina, ir corriendo de puerta en puerta; Nilovna no pedía limosna, repartía literatura, presuntamente subversiva, preparando el partido de los bolcheviques. Pensé que en aras de la libertad. ¿De qué libertad?

-Simplemente, la libertad ¿Acaso hay otra?, -terció Alvin Toffler.

-Dirá usted la esclavitud. ¿Pediríamos, acaso, libertad si no fuéramos esclavos? Conozco sus libros. No es usted un profeta, pero sabe penetrar como nadie en el futuro de la

economía mundial, la misma que se mueve desde fuerzas ocultas en la era de la informática, la auténtica revolución de los tiempos actuales y que va mucho más allá del capitalismo y del socialismo. Pero el altar del sacrificio seguirá siendo el mismo: la política por la política. ¿A qué nos lleva la política...? ¡No, no; no conteste, que yo mismo se lo diré! A seguir escribiendo la misma historia de siempre: la historia de todas las esclavitudes.

Tras esta parrafada que me salió de lo profundo del alma sentí mi garganta reseca. Extraje de la mochila mi bota de vino. Bebí. Yo primero, por cortesía. Luego la ofrecí. Todos bebieron.

-¿Del Duero?

-No, no, del Ebro, que lleva más agua, y al pasar por Zaragoza se vuelve canción tras haber catado las bodegas riojanas.

Todos rieron. Pero al que vi de mejor humor fue a Graham Greene. Dio un fuerte apretón de manos a su *Monseñor Quijote*, cerró la puerta de Rocinante, el pequeño auto, una vez que Sancho logró acomodar su humanidad generosa, y los despidió. Este sí era un sueño posible, salpicado de cómicas aventuras en sus intensos debates sobre todo lo habido y por haber, religión, moral, política...

De pronto los perdí de vista. El frío me había entumecido las piernas. Me puse en pie y comencé a recorrer, tambaleante, el viejo tren. No había nadie. Sólo mis libros. Asomándose por la vieja maleta de viaje, me miraban con cara de extrañeza, como diciéndome: no te vayas, no nos dejes solos.

En un impulso instintivo eché a correr, pero no hacia la cabecera del tren, sino hacia la cola del mismo. No hacia la terminal de destino, sino hacia la terminal de origen. Era como trazar una parábola en el tiempo, (-yo estaba en la mitad del tren-), y lo mismo que la pescadilla al morderse la cola, quedar en posición fetal. Me pregunté que por qué tenemos tan poca prisa en llegar a la estación de destino, siendo ésta, precisamente, la terminal única y convergente. Por qué tanto afán en volver hacia el origen ignoto del cual sólo sabemos que arrancamos, y nada más. ¿Va el tren hacia adelante, o va hacia atrás?

Era la pregunta crucial sobre la vida: qué es, dónde empieza, dónde acaba, qué hay antes, y qué hay después.

-¡No te vayas...!, -me gritaban mis amigos los libros.

-Ahora vuelvo, -les dije para tranquilizarlos.

-Oiga, señor jefe de estación, ¿a qué hora sale el tren?, -pregunté amablemente.

-¿El de hoy o el de ayer?, -así me contestó.

-¡¿Ah...?! -Al ver mi cara de extrañeza, el jefe de estación de la ciudad de Mazatenango, Guatemala, me aclaró, bajando la voz:

-Es que, ¿sabe?, el de ayer aún no ha llegado.

-¡Ah... vale! ¡Oiga! Esto..., ¿no se llamará usted Manolo?

-¡No!. ¿Por qué?

-Es que, tengo un amigo que se parece mucho a usted, y se llama Manolo, el humorista; es amigo de Tomás Salvador ¿sabe?

-Entonces, seguro que es filósofo.

-Bueno, más o menos.

Luego me senté en el suelo, a la sombra de la misma estación; muy cerca estaba la trocha o camino por donde pasaban los camiones cargados de algodón. Venían de la costa. Atravesaban sin cuidado las vías del ferrocarril; total, el tren siempre venía con retraso... El de ayer no había llegado. ¡Ah, bueno, entonces el de mañana, que es el de hoy, estará para salir...! ¡Qué lío, o sea, que mañana es hoy! Es decir, que esto es el movimiento continuo alentado por un ingenuo motor de ilusión. Eso. Se lo acababa de oír a Jaime Gades Dartmoore. Así, Dartmoore, que siempre es bueno hacer constar el segundo apellido, aunque, en definitiva, da igual, digo yo; él es sobrino de tía Lisa, según me contó don Torcuato, pero quien le eriza la piel es *Pepa Niebla*, con lo cual los apellidos son como la pedrea de la lotería: pura consolación.

No quise meterme en devaneos amorosos, y viendo que el tren no llegaba, ni el de ayer ni el de mañana, eché a andar vía adelante, que mañana es hoy. No tenía prisa.

Quería llegar a las selvas del Petén; y luego seguir hasta Yucatán, aunque antes, por cercanía, subiría al Altiplano guatemalteco, a echar un vistazo a la luna gardenia de plata, la luna de Xelajú, única, inconfundible, la de mis noches de amor...

Mi intención de acercarme a la selva del Petén se debía al talento particular de los mayas. Ellos descubrieron el valor del número 13, mi número de suerte, y el calendario, antes, mucho antes que los aztecas.

Creo que adivinó mis intenciones Pierre Ivanoff, porque, apresurando el paso, me dio alcance y se puso a caminar a mi lado. Mejor, era un excelente conocedor del país de los mayas. Al volverme, vi que me seguían, saltando sobre las traviesas de la vía, todos mis otros libros. Parecían los siete enanitos detrás de Blanca Nieves; contentos, felices. Por el camino se les agregaban otros y otros, muchos, muchísimos libros.

Habíamos pasado del Pacífico al Atlántico. Llegando estábamos a las costas de Yucatán. Justo en ese momento amanecía, de golpe, como es costumbre en el trópico. Pudimos observar cómo naufragaba Jerónimo de Aguilar, muy cerca de la costa. Quise acercarme para entrevistarlo, pero mientras se me ocurrían las preguntas, Hernán Cortés se me adelantó. Luego los dos desaparecieron. Supe, más tarde, de su vocación de fraile aventurero y de sus labores de traductor junto a doña Marina la Malinche.

Mis libros descansaban ahora bajo el cielo intenso, luminoso y cálido, del trópico. Junto a mí no vi a nadie más. A mis pies encontré una nota, enigmática, escrita sobre la arena: "El transiberiano, nunca arrancó; el mazateco, nunca llegó". No lo entendí. Me resultó indescifrable. Fue como si Torcuato Luca de Tena hubiera dicho mientras se alejaba por la playa: *El futuro fue ayer.*

Más no escuché. Era la víspera del primero de enero del año de gracia del Señor de 1511. Yo estaba a punto de nacer. Doy fe.

5.- ENVIADO ESPECIAL AL ACONCAGUA

Desde que llegué, como enviado especial, me acurruqué en lo más alto del Aconcagua. Desde allí veía pasar los días, los hombres y las cosas. De un lado América, Europa del otro. Como en un pensamiento hacia dentro de mí mismo, oí que alguien decía: *la vida es del hombre*. Y la vida pasaba delante de mí, lenta, tranquilamente; todo tenía sentido. Era la lógica de un mundo en movimiento, pero sin prisas. Lo dicho, yo estaba apostado en lo más alto del Aconcagua, era lo único cierto. Desde ese mirador impresionante podía contemplar a mis anchas largos trozos de historia, emanados como de un pergamino que se desenrolla y estira; ante mis ojos, llenos de la luz purísima de un cielo terso, la rueda de la historia giraba con suave lentitud. De pronto soñé que me despertaba. No supe cuánto tiempo llevaba tumbado sobre aquella fría, majestuosa, y agreste cumbre. Ni tan siquiera si era noche o era día. Aunque, bien pensado, noche sería. Que estaban altas las estrellas. Me di media vuelta. Y ahora soñé que soñaba. Mis esquemas mentales estaban siendo invadidos por el virus informática de una metafísica intuitiva, introspectivo, y de una lógica en libertad.

-Tú estás loco. ¿Cuándo has estado tú en el Aconcagua? ¡Dime, loco, dime, ¿cuándo...? ¡Nunca! Ni tan siquiera sabes tú dónde está el Aconcagua.

Alargué instintivamente la mano para coger un atlas de una estantería. ¿Dónde diablos estaba el Aconcagua? Fue en ese momento, justo en ese momento, lo recuerdo perfectamente, cuando Leibniz, el ilustre filósofo, agarró con fuerza mi mano y como si de un separador de páginas se tratara, la fue llevando, con suave firmeza, arrastrándola por todos los anaqueles de la biblioteca. Apuntaba: "Ensayos de teodicea", "ensayos de teodiceA", "Ensayos de teodiceA". Del derecho y del revés. Veía a Leibniz por todas partes. Pero el atlas no estaba. No había ningún atlas. Sólo Leibniz estaba.

-Oiga, pero... ¿quién es usted? -inquirí de mal humor-. ¿Qué pinta usted aquí, en lo alto del Aconcagua? ¡Buen hombre, se va usted a congelar...!

-¿El Aconcagua?

Leibniz se echó a reír. Luego retomó su habitual seriedad. Y no dijo más. Yo me eché a reír. El seguía sin decir nada. Yo tampoco. Pero su silencio se articulaba en mi cerebro, como si me dijera:

-Más allá de las estrellas está la bondad de Dios.

Eso oí. Le respondí con cierta irritación:

-Entonces, ¿por qué ha escrito usted que el mal es necesario porque resalta su bondad...?

Muy por debajo de mi posicionada altura, un cóndor de alas grandes planeaba majestuoso. El Aconcagua dominaba la historia. Era único el paisaje, y la nieve hacía resaltar el azul limpio de los Andes. Un avión de las líneas aéreas regulares llegaba en ese momento de Europa y estaba tomando pista. Miré distraídamente al avión que tenía aspecto de cóndor. Casi me había olvidado de la pregunta formulada a Leibniz, cuando en esto oigo que desde otro libro, de pastas antiguas, apergaminadas, me responde Orígenes, asomándose por otra estantería, hasta hacerme perder de vista el avión y la pista:

-El mal nace necesariamente de la generosidad de Dios.

-¿Cómo dice usted?

-Claro, hijo, de lo contrario seríamos máquinas.

-¿Máquinas, dice? Entiendo, -le respondí-. Bueno, no. No sé.

Una ambulancia del Samur ululaba su sirena en las calles de Madrid, en ese momento.

-¿Madrid? Claro, la capital imperial de los Austrias. O sea, Europa acurrucada a los pies del Guadarrama, con salida de emergencia a Maastricht.

¡Qué pequeña era Europa! Orígenes no se enteraba.

-Dios nos ha hecho a su imagen; pero sobre todo, nos ha dotado de libre albedrío, -
proseguía el bueno de Orígenes.

-¡Ay, disculpe mi distracción...!, -me excusé.

De todos modos, seguí sin entender apenas nada. Bueno, sí. No. O quién sabe.

-Continúe, continúe...

-Todo lo que tiene vida posee un dinamismo interno. Se polariza. Es lo que se llama el principio del bien y del mal. Una dualidad.

-Oiga, pero ¿de qué me está usted hablando? ¿No ve que estamos en lo más alto del Aconcagua?

Mi mala educación era notoria porque, sin ponerle mayor atención, ni siquiera intenté desviar el rabillo del ojo para ver lo que ocurría en el Bernabéu. ¡Qué palco de honor era el Aconcagua para ver el Bernabéu! ¡Grandioso espectáculo, de fiesta y colorido! A la Cibeles le crecían por momentos los hijos, millones de hijos. Era el parto de la historia. Un final de siglo, derrumbado sobre la aridez de las ideas, levantándose de pronto en épica grandeza, como un toro mal apuntillado sobre la arena del redondel, testigo de excepción del nacimiento de una raza nueva de hombres y mujeres hermanados en el destino común de la más nueva y millonaria cultura: el fútbol de las estrellas. El mundo giraba en torno a un balón. -Mi mente estaba lúcida-. La diosa Cibeles bendecía complaciente el rito iniciático y cultural de sus abundantes hijos. Por un momento, tuve la impresión de que la avalancha de gente, en forma de río desbordado, hiciera tambalearse al Aconcagua. Pero no; no se movió, no pasó nada. La historia se desarrollaba abajo; la gente pasaba; pero las ideas permanecían en la base de datos de la memoria histórica.

-¡Disculpe!

Orígenes había desaparecido tras algún libro.

De pronto, tampoco el Aconcagua estaba. Ni Madrid.

-¡Hala, Madrid!, ¡hala, Madrid...! -El mágico grito de los hinchas tenía la suave cadencia de las olas al desparramarse en las infinitamente alargadas playas del Pacífico. ¿Y la nieve, la montaña, el cóndor...? ¿Me estaría despertando? ¿Y Leibniz? ¿Dónde estaba Leibniz? ¿Y Orígenes...?

-¡Oiga, oiga...!

No estaba Leibniz. Ni el atlas.

-¡El atlas, el atlas...! ¿Quién ha visto el atlas...?

Nadie. Sentí miedo y quería despertarme. Debí hacer un movimiento brusco, pues de pronto vi cómo se me venía encima toda una andana repleta de libros. El más voluminoso impactó de lleno en mi cabeza. Se titulaba: Historia de la Iglesia. Un montón de tomos, uno tras otro. Todos seguidos. Y todos querían golpearme inmisericordemente. Quise echar a correr. Imposible. Me perseguían; me alcanzaban. Las piernas se me acalambraban.

-¡Santo cielo!, -grité.

Alguien oyó mi grito. Ciertamente, porque Cirilo y Metodio, -los santos patronos de Europa-, se presentaron de inmediato tratando de auxiliarme.

-Yo sólo quería saber dónde estaba el Aconcagua, -me excusé.

-¿El Aconcagua?

Tampoco ellos lo sabían. ¡Vaya por Dios! Venían de evangelizar las tierras de Moravia. Los vi fatigados. Acababan de despedirse del príncipe Ratislao. Decían que les corría prisa traducir el Nuevo Testamento al eslavo.

-Por mí, vayan, vayan, les dije con respeto y casi en un susurro. En realidad, -pensé- lo único que yo necesito es estar solo, concentrarme, situarme. Imposible. En ese momento oí una especie de clamor sordo que iba en aumento. Eran las iglesias germánicas en pleno:

-¡Las lenguas aptas para celebrar a Dios son el hebreo, el griego y el latín...! -Sus voces iban en aumento.

¡Vaya por Dios! ¡Qué noche! No hablaban, vociferaban. Luego se hizo el silencio. Los ordenadores trabajaban a tope. Desde mi escondrijo del desaparecido Aconcagua estiré la vista. Los germanos estaban ya entrando en Roma. Silencio.

-¡Anda, éstos...!

Habían sido llamados al orden por Nicolás I. Con razón había quedado todo en silencio. Porque juraría que se oía el silencio. Pero no. El suave rasgueo de la pluma de Urbano II sobre el papel, escribiendo Y convocando a la primera Cruzada, era como el somnoliento tic-tac de un reloj. Vi cómo, en una postdata, le decía al obispo Godofredo Lucano, que era lícito matar a los excomulgados...

-¡Anda este tío...! ¿Pero qué se habrá creído? ¡Ah, pues a mí no me pilla; porque ni estoy, ni pienso estar excomulgado, ni sabe nadie dónde estoy!

Mejor me hubiera callado. Los Padres conciliares del 4º Concilio de Letrán se me vinieron encima desde otro grueso libro.

-¡El mapa! ¡El mapa...!, -grité.

Sabía que el mapa era como un parapeto, pero no aparecía por ninguna parte. Y sí los Padres conciliares. Hablaban tanto que casi me confundían, mientras concedían indulgencias a partes iguales, tanto por exterminar herejes como por ir a defender los lugares santos.

-¡Vaya por Dios!

Sentí calor, mucho calor. De pronto me vi transportado a la orilla reseca del Mar Muerto. La sal me daba sed. En Jerusalén había visto hoteles agradables para estar y, de paso, quitar la sed. La coca-cola de los americanos sabía bien con hielo. Mucho hielo. Pero no podría subir a Jerusalén por la calzada de Jericó. Los judíos andaban alborotados. El 4º Concilio de Letrán era abiertamente antisemita. Y para colmo, la nobleza inglesa obligaba a Juan sin Tierra a concederles la Carta de las libertades.

Inocencio III se oponía. Vi entonces la tierra como un bosque, un bosque grande y encantado. De todos los rincones salían reyes. La tierra se poblaba de monarquías constitucionales.

Quise pasar la página. En los anaqueles, los libros bailaban una frenética danza de papel sobre el páramo helado de la historia. Celestino V aprovechó la oportunidad para marcharse en silencio. Mutis se llama eso. De pronto los libros giraron sobre sí mismos hasta quedar mirando en una sola dirección. Una desapacible brisa se levantó sobre Roma. Los soldados de Bonifacio VIII echaban mano del dimitido Celestino V. La puerta de la mazmorra se cerró con un golpe seco.

Me sobresalté, tanto, que casi me desperté. Soñé que no podía ya conciliar el sueño. Quise seguir leyendo la novela que tenía sobre la mesita de cabecera. Capítulo 3. Iba por el capítulo 3. Este no aparecía por ningún lado. Pues aquí tenía puesta la señal. Tampoco ésta aparecía.

-¡Cómo! Yo la puse aquí.

También la novela había desaparecido. Con cierta preocupación volví la vista a Francia. En la frontera los camiones españoles seguían atascados entre montañas de naranjas y manzanas. Ya en el interior, Felipe IV el Hermoso pleiteaba por el poder absoluto que los papas, encabezados por Bonifacio VIII, ostentaban.

Dante Alighieri, mientras tanto, se divertía contemplando el infierno desde la boca de un volcán. Al fondo, entre el hervor de las llamas, danzaba frenética danza de fuego Bonifacio que, obviamente, había dejado vacante su sede. Qué extraño pues, que los teólogos se dividieran y estuvieran a la greña. De un lado los "curiales", de otros los "legistas". La tentación de las leyes ha sido una constante en el mundo de la política y de la Iglesia. Así anda el mundo, en Europa, y más en América. Las leyes son una forma camuflada de dictadura. Más, son la carta magna de la dictadura. La novela estaba dentro de mi cabeza, cómo iba a encontrarla. Capítulo tres. Apasionante. El discurso sobre las leyes iba subiendo de tono, en forma de mitin espontáneo, de corte dramático. En el hemiciclo del parlamento improvisado sobre el Aconcagua iba ya a gritar ¡Viva la

libertad...!, cuando una tenue brisa me pasó, sin permiso, la página del grueso libro. Y no una, muchas páginas de historia pasaban a velocidad de ordenador. Capítulo tres.

-¿He dicho capítulo tres...? ¡Apasionante! La historia es una novela secuestrada, violada y torturada.

Allí estaban, bien resaltados, de un lado, Juan de París, y Pierre Dubois; de otro, Egidio Romano, Agustín de Viterbo, Mateo de Aguasparta, y un largo etcétera.

-Si al menos amaneciera pronto...

¡Qué noche y qué pesadilla, de la que no podía despertar! Las sirenas de los bomberos iban in crescendo.

-¡Fuego! ¡Fuego!

Nadie lo gritaba, pero se adivinaba. Por todas partes había fuego, mucho fuego. Y los chorros de agua a presión no podían sofocarlo. Francia estaba invadida de ingleses. 30 de mayo de 1431: Juana de Arco ardía en la hoguera. Su ficha personal decía: Analfabeta, 19 años, hereje, apóstata...

-¡Y santa!, -grité.

Nadie me oyó. Pero de repente apareció una nube de fotógrafos que casi me arrojan a la pira de la ejecución- Las cámaras de televisión transmitían en directo al mundo entero la ejecución. Una cerrada ovación sonó atronadora cuando, según se iban apagando las llamas de la hoguera, el alma de Juana de Arco comenzó a subir limpia Y majestuosa a los cielos. Fue el final. La apoteosis final. Lentamente se fue apagando la televisión. Sentí que mi sueño entraba en una etapa de placidez. Sobre el Aconcagua comenzaba a nevar.

6.- LA CUEVA DE ADÁN

Supé que era la época, conocida más tarde como primavera, por el tatuaje verde del paisaje. Yo me encontraba en la entrada misma de la Cueva que lleva mi nombre: la Cueva de Adán, con lo cual ya pueden deducir quién soy: Adán, servidor -es un decir- de ustedes. Personalmente, me hubiera gustado más que hubiera pasado a la historia como la Cueva del Tiempo, porque es la matriz materna y universal -metáfora humana- de la creación. Allí estaba éste, reitero, su humilde servidor, apresado por la radiante fascinación del agua que me rodeaba, casi por todas partes. Recuerdo que miraba al frente, al infinito, por encima del espejo terso que el agua mansa de la mar formaba; aquella paz paradisiaco era como una sonrisa eternizada en los balbuceos mismos de la creación; la mar sonreía al firmamento y éste le devolvía galante la sonrisa. Yo miraba más allá de la mar inconmensurable; y no me cansaba de mirar, y mirar; es que, aún no había nacido eso que llaman la prisa. El cosmos sin fin giraba armónicamente. La felicidad lo invadía todo, mejor dicho, casi todo, porque era una felicidad que no impedía sentir una cierta sensación de vacío.

Volví la cabeza al oír un ruido suave, tan suave como el de las ramas que se separan al abrirse paso alguien en la jungla; éstas, las ramas, emitieron una tenue queja, parecida a un mohín femenino por una caricia íntimamente deseada, pero que en apariencias se rechaza; o al instintivo alzar de la mano el niño, que sueña dormido en su cuna. Aunque a decir verdad, yo, Adán, hijo de la Creación, recién creada por el Dios del amor, con mi ADN de tierra y barro, venido del agua y la idea, estoy usando términos equivalentes a realidades que en aquel entonces me eran totalmente desconocidas. Luego, todo siguió en silencio. El día fue avanzando, y la tarde comenzó a declinar. Llegó la noche y me dormí, a la puerta misma de la Cueva terráquea del Tiempo, -¡oh Madre Tierra bendita!-, lugar donde la temperatura era más fresca, suave y agradable. La mar arrullaba mi sueño con el rítmico vaivén de las olas.

Y soñé. Soñé que Dios venía a mi cueva, la Cueva -ya he dicho- del Tiempo, con una claridad tan suave que me dejaba entrever el espacio, el tiempo, y la eternidad. Y mi sueño fue placentero; y comencé a caminar por el inmenso jardín del universo mundo; vi ríos, muchos ríos, y mares, muchos mares, y árboles, muchos árboles, de frutos en sazón; y mundos a granel, y selvas, y desiertos. Pero, curiosamente, sólo había dos caminos para poder caminar. Dos, sólo dos. Y los dos convergían hacia un árbol, espléndido, único en belleza. Era el árbol que llaman de la Vida; inédito, sin nombre alguno inscrito aún. Y los dos caminos comenzaban y terminaban en él; se nominaban: el Camino del Bien y el Camino del Mal.

Me quedé mirando, ensimismado, el entorno, cuyo principio ni fin podía abarcar. Simplemente, miraba, dibujando una sonrisa que se fundió con la sonrisa de Dios. Él me dijo, acariciándome de eternidad -no desde la eternidad, que todo es eternidad-:

-Tú eres Libertad.

-¿Libertad ... ? No, yo me llamo Adán. Soy hijo del Barro y la Idea.

-En cuanto al cuerpo... sí, tienes razón, eres Adán: Barro, con denominación de origen. Tu piel es de tierra, amasada con agua de la oceánica mar. Pero tu alma pertenece a la eternidad; eres espíritu, parte de mí, por eso eres y serás inteligente y soñador. Libre. Eres libre. Eres Libertad. Más libre que Yo, porque a fin de cuentas, no he tenido más remedio que crearte, por amor. Yo soy Amor. Tu nombre es Adán Libertad. Y Eva, la misma que te atisbaba ayer desde el bosque, sin tú advertirlo, ni saber de su presencia, también es libre, como tú: Eva Libertad, tu otra mitad, porque los dos, sois uno. Sois Libertad. Todo lo demás, de vosotros depende.

-¿¡Eva!? ¿Eva Libertad...?

-Sí, Eva, Eva Libertad; es decir, tú mismo, programado con el soporte, sin el cual no habría Libertad-, del bien y del mal. No te extrañes pues si de pronto te sientes indigente, necesitado, incompleto, complementario y complementable: varón y mujer. Por eso te digo, -os digo-: Creced y multiplicaos, henchid la tierra de felicidad, cuidádmela, y sed felices. Sobre todo, esto: sed felices.

Nunca jamás pude olvidar aquel sueño. En ese mismo instante tuve conciencia de que no estaba solo, de que para siempre era un plural. Y lleno, -mejor dicho, llenos- de alegría nos fuimos alejando de la Cueva, y de la mar.... adentrándonos por la espesura del bosque, saltando y corriendo. Éramos dos chiquillos felices en el más feliz de los mundos, a los que la vida les bullía a borbotón por todas partes. Más no supe.

Ha pasado el tiempo; miles y miles, millones, de siglos, tantos, que imposible contarlos sería.

He vuelto, reprimiendo la nostalgia, fosilizado mi alma de remordimiento, a la misma Cueva. Sigo mirando a la mar y sigo llamándome Adán; pero he olvidado mi apellido. Lo escribí en el tiempo, en vez de escribirlo en la eternidad, y el tiempo lo ha ido borrando poco a poco. Ahora estoy agazapado, asustado; me remuerde el olvido. Sólo de vez en cuando me viene a la mente una palabra, muy borrosa: Libertad.

Y sin embargo, aún me queda algo de lucidez y, de pronto, de tierra me sé, amasado el sueño, barruntador y necesitado de eternidad; -de eternidad y de libertad-; las mismas que perdí, no sé cómo ni cuándo, (mi mente es una nebulosa errática como la Vía Láctea). Fue como un juego de azar; no sé cómo sucedió, pero de pronto me sentí, -nos sentimos-, solos, con la insatisfacción por horizonte. Ya nadie sabe que me llamo Adán, mejor dicho, Adán Libertad. Todos, yo mismo, han olvidado mi nombre; prefieren llamarme Adán..., García, pongamos por caso; o bien, Eva..., Pérez. Es lo mismo.

Me sé peregrino, deambulando la existencia. Y todo, por dejarnos encasillar en los deshumanizados registros civiles de la conveniencia y el egoísmo, tan asépticos, sin personalidad.

Lo único cierto, es que voy errante, con los pies descalzos, sin casa fija, sin una cena caliente, al relente de todas las estrellas, con el hatillo de la libertad hecho jirones, internauta de la soledad, con el bordón de la insolidaridad golpeando en todas partes...

Hoy, el árbol de la Vida tiene muchas ramas secas que me sacuden el sueño, y al abrir los ojos, veo que la mar sigue en su sitio, pero los árboles han desaparecido. Los

caminos se han difuminado. ¿Y la Cueva ... ? La Cueva -¡oh Madre Tierra bendita!- ésa sí, sigue en su sitio. Por dignidad y sentimiento, tendré que alquilarla, para que en los días del crudo invierno encuentre refugio, del frío y del hombre, el lobo, aquel famoso lobo de Gubbia, amigo imposible que fue, de *"el varón que tiene corazón de lis, alma de querube, lengua celestial, del mínimo y dulce Francisco de Asís"*.

7.- LOS ESPÍAS DE JERICÓ

No me resultaba fácil conciliar el sueño-, las imágenes se agolpaban en la mente a tal velocidad y con tanta profusión, que era como estar viviendo en un país de ensueño y sobre una nube desde donde podía contemplar, en vista panorámica, la película más vívida y real de la historia. Tenía la sensación de estar en mi tierra, mi tierra de siempre, la tierra soñada; la tierra donde nadie, ni yo ni nadie, se siente extraño... Era la tierra de todos: la Tierra Prometida. ¿Y yo...? Un judío, un judío universal, que había subido a Jerusalén para alabar y rezar al Dios de mis padres.

Pero también era, no sé si por suerte o necesidad, un turista; por consiguiente, un espía. Mi mente archivaba lo que mis ojos veían. Pero era mucho más lo que veía con el corazón.

Esa misma tarde habíamos estado del otro lado de la frontera. Declinaba la tarde, pero aún se veía perfectamente el paisaje, épico y sublime, que se ofrece desde el Monte Nebo. Cerré los ojos, para saborear mejor tanta vivencia y emoción. Me sentí hijo de mi pueblo. No quise recordar, -o quizá me faltaba la memoria de ese trozo de historia-, la salida de Egipto. Yo también había llegado, con los sobrevivientes, hasta el Monte Nebo. Me aproximé a Moisés.

Anciano de años, pero aún fuerte, y colmado de santidad, más que el calor del desierto, los años, o la fatiga al atravesar las estepas de Moab, a Moisés le pesaba la nostalgia y la tristeza por la cercanía de su fin. Dios le había dicho: no pasarás. Y no pasó.

Lo vi subir con lentitud la pendiente del monte Nebo. Extendió su vista, y su alma de patriarca y profeta a la vez; y, lenta, solemnemente, por última, y una vez más, bendijo al Dios de sus padres. A continuación bendijo también al pueblo. A su lado estaba, firme

y serio, su fiel ayudante, Josué; detrás, todo el pueblo, o lo que aún quedaba del mismo, diezmado por la larga travesía del desierto y las claudicaciones.

Al frente, visible o soñada, la tierra entera; desde Galaad hasta Dan, incluyendo las tierras de Neftalí, Efraím y Manasés-, y la tierra de Judá, y el mar Occidental, y el Négueb, y Soar. Pero lo que hacía que sus ojos se cimbrearan de gozo, eran las palmeras de Jericó y el verde valle; el oasis más espléndido que jamás hubiera podido soñar o imaginar.

El día era radiante, no subía aún la tenue bruma del Mar Muerto, que opaca un tanto la vista. Así que, de un lado, rielaba el Mar de la Sal, del otro, la mancha verde de las palmeras y ubérrimos huertos.

-¡La Tierra prometida! -gritó Moisés. Y un...

-¡¡¡Ooohhh...!!! -en olor de multitud se elevó al unísono de todos los pechos.

Luminosa, amurallada, coqueta, espléndida, lucía Jericó señoreada sobre la amplia y fértil vega.

Moisés cerró los ojos, quedó como en éxtasis, musitó una oración y su alma se elevó hasta el Dios de sus padres, desde lo alto del monte Nebo.

Como una colmena nerviosa y laboriosa se movía el pueblo. Había terminado el mes de duelo decretado por la muerte de su gran líder, Moisés, y tenían prisa por entrar a la Tierra prometida. Josué tomó el bastón de mando que Moisés le otorgara. Y con la autoridad que Dios mismo le daba, se dispuso a pasar el Jordán. No quería emboscadas, ni sobresaltos. Era hombre de paz, así que envió dos hombres de su confianza a espiar, es decir, a turistear. No debían levantar sospechas: los dos turistas, con aire despreocupado se dirigieron directamente a la casa de Rajab, la prostituta, cuya casa estaba adosada a la muralla. Una prostituta no levanta sospechas, es mujer universal. Entraron. No la tocaron. Y mientras saboreaban los dátiles que galantemente les ofreció, le hablaron con franqueza de sus planes. Hubo un tira y afloja, y muchas discrepancias. Y por fin, una solución concertada. Curiosamente, Rajab, la prostituta, estaba al tanto,

sabía mucho, más de lo que ellos se imaginaban. Por su casa pasaba mucha gente, de toda raza y condición; estaba al corriente de los avatares del pueblo que ahora lideraba Josué. Y tenía miedo. No lo ocultó. Temblaba por ella y por su pueblo.

-Os he tratado con bondad; juradme, por vuestro Dios, que haréis lo mismo conmigo y con los míos.

-Juramos que te trataremos con bondad y lealtad. Ata en la ventana este cordón escarlata, como señal de protección; mas, si divulgas nuestro asunto, quedaremos libres del juramento.

Los forasteros no habían pasado desapercibidos; un manto de sospechas cubría la ciudad. Sonaron golpes en la puerta. Las autoridades, y un grupo de gente, se apiñaron junto a la puerta de Rajab. Los golpes en la puerta arreciaban.

-¡Voy, voy...!

Hizo subir a los espías al terrado, donde se escondieron entre unos haces de lino. Los golpes y el griterío iban en aumento.

-¡Ya voy, ya voy...!

Con una sonrisa zalamera abrió la puerta.

-¡Entréganos a esos hombres que están contigo!

-¿Conmigo...? ¡Conmigo no hay nadie. Estoy sola. ¿Los hombres...? Sí, estuvieron aquí, pero se fueron anoche, cuando estaba oscureciendo y las puertas iban a ser cerradas; dijeron que tenían prisa. Creo que iban hacia el poniente. Seguro que si os dais prisa, aún los alcanzaréis...

La gente se dispersó; algunos, enviados por las autoridades, salieron en persecución de los espías.

Mientras tanto, éstos permanecieron escondidos en la terraza de la casa de Rajab. A los tres días regresaron los perseguidores; volvieron como se habían ido, de vacío.

Entonces los dos espías se deslizaron con una cuerda desde la ventana que daba a la muralla. Sobre la ventana de Rajab quedó luciendo la señal convenida: el lazo escarlata. Señalaba también, quizá para siempre y con sentido universal, la casa de, para unos, una mujer pecadora; para otros, su salvadora.

No volví a pensar en Rajab. Sólo recuerdo que era guapa, muy guapa, de rostro juvenil, y ojos profundos; tenía el encanto que imprimen las sales del Mar de la Sal, también llamado Mar Muerto.

De pronto, el Jordán se puso en pie. Las aguas se apretaron muy al norte y también junto al Mar de la Sal. Todo el cauce quedó seco; y el pueblo comenzó a pasar, a pie enjuto. Primero los sacerdotes, con el Arca de la Alianza; después el pueblo. Terminada la travesía en seco del río más sagrado y de bautismales aguas, Josué mandó que doce hombres, uno por cada tribu, se acercara al cauce seco y que de los cantos rodados tomaran uno por cada tribu.

Atrás había quedado para siempre la opresión, la esclavitud y la humillación. La frontera marcaba un antes y un después. Las aguas del Jordán volvieron a juntarse. Pero las piedras arrancadas al cauce serían señal, cimiento y altar, de una página nueva que se habría para el Pueblo escogido. Por fin, habíamos entrado a la Tierra Prometida.

Situados a cuatrocientos treinta metros bajo el nivel del mar, los mismos que marcan la depresión del Mar de la Sal, este Pueblo soñador iniciaba la mítica y bíblica subida a Jerusalén; Pueblo amasado de pecado y perdón, de infidelidad y esperanza, de sufrimiento y valor; y de épica grandeza, envuelto en la santidad del Dios único y sublime que responde como Adonai Elohim, Alá, o Dios Padre, a la plegaria de sus dispares seguidores.

Desde la terraza del magnífico hotel, seguí contemplando la noche de Jerusalén, llena de luz y de encanto-, invitaba a soñar y a recordar, -que recordar es soñar, y soñar

es trascender-, y a rezar. Jerusalén, la ciudad santa, situada en lo más alto, tan llena de luz, era una plegaria universal. Desde el Muro de las Lamentaciones subía, como el incienso vespertino, un murmullo de salmos, en rítmico vaivén. Desde la mezquita de La Roca, el Profeta era llevado, en hermoso y alado alazán, a lo más alto de los cielos, entre tules de ángeles y arcángeles. Pero allá arriba, en el Santo Sepulcro, la más visitada y sublime tumba, permanecía vacía.

En el jardín del Huerto de los Olivos, otra Rajab, más conocida por María, la de Magdala, mujer universal, pecadora y santa, musitaba, con un suspiro estremecido:

-¡Rabbuni...! ¡Maestro mío...!

8.- SUEÑOS TERTULIANOS

Por divergente él, por divergente ella, desde la creación misma, el hombre --varón y mujer-- está sometido a la tentación de las tertulias. Estas son un modo pluscuamperfecto de estar siempre en perfecto desacuerdo. Conste. Hoy están de moda gracias a los medios de comunicación social, sobre todo la radio. Pero las tertulias no nacieron hoy. Qué va. Son tan viejas como el diablo. El las inventó. Testigo la historia; (que sí, se lo digo yo). La primera que organizó a nivel serio tuvo lugar en el paraíso terrenal. Fue prácticamente una minicumbre. Las maxicumbres quedaban reservadas para los tiempos posteriores de la economía, la banca y la política, que para el caso es lo mismo. El hizo de moderador. Contertulios e invitados de honor para esa primera ocasión, Adán y Eva. Se presentaron de riguroso traje de etiqueta: piel morena sobre limpia arcilla de alfarero con denominación de origen.

Como buen periodista, el diablo les fue tirando de la lengua. Se hicieron un lío. Confundieron el árbol de la ciencia del bien con el árbol de la ciencia del mal; y luego de mucha discusión llegaron a un primer acuerdo: cambiar de lencería. Sastres y modistas tuvieron el pan asegurado desde entonces. Y desde entonces también, las tertulias están a la orden del día. Y de la noche, vaya. Porque resulta que la otra noche estaba este su seguro servidor, descendiente por vía directa de Adán, escuchando en la radio una de las muchas tertulias de actualidad cuando, oh pecador de mí, debí quedarme dormido, ya que a la mañana siguiente aún seguía sonando la radio. Una hora menos en Canarias, oí que decía. Qué fastidio quedarse dormido al tiempo que se intenta seguir despierto, porque ni estás dormido ni estás despierto, sino todo lo contrario.

Dormido me quedé, pues, con un sueño ligero, que es como estar pesadamente despierto, o sea, lo más parecido al síndrome de la pesadilla. De pronto me encontré, juraría que soñé que me encontraba, como contertulio, no sé dónde ni cómo. Debía ser tarde, quizá ya estaba empezando a amanecer. Porque Anthony de Mello decía: "¿Quién puede hacer que amanezca?". En ese momento Hölderlin llegaba de "Patmos", y Erich

Fromm "psicoanalizaba a la sociedad contemporánea". Mientras tanto Henri de Lubac deambulaba por "los caminos de Dios", al tiempo que leía "las memorias de una joven formal", que Simone de Beauvoir le acababa de regalar.

La radio seguía sonando. ¡Qué pesadilla! ¿Lo sería? Tan pronto estábamos en la sala de los estudios de la emisora --un ovni sobrevolaba el Aconcagua- como en una aula universitaria. Las voces de la radio agudizaban "el problema del lenguaje religioso", señalado por Antiseri. Pero Fernando Sebastián insistía en que era cuestión de una "nueva evangelización", en tanto que Tentori hacía el recuento de "el problema del ateísmo primitivo" y "el ateísmo contemporáneo". Nietzsche tomaba entonces la palabra para hacer un breve excursus de "la genealogía de la moral".

Las ideas iban y venían con suma claridad en mi cabeza como nunca antes. Pero aquello era como una "fiesta de locos" en el sensacional mundo de H. Cox. Debieron hacer un corte para la publicidad porque sentí que me quedaba dormido de verdad. Nevaba por encima de los novecientos metros. Había revueltas en Sudáfrica. En mi onírica tertulia volví a oír voces. Tito Lucrecio disentía contundentemente de los ecologistas actuales lanzándoles desde una tribuna su "de rerum natura". "Aunque el verdadero equilibrio se logra cuando se sintoniza con Dios". Sonaba pausada aquella voz autorizada. Pero ¿quién era? ¿Quién hablaba? La muchedumbre me impedía verlo. Ah, sí, era Cicerón exponiendo su "de natura deorum". Le interrumpió Von Balthasar. Las cámaras de televisión no perdían detalle. "Solo el amor es digno de fe" decía. Sí, pero "el eclipse de lo sagrado en la civilización industrial" es evidente, añadía Acquaviva. Porque vamos hacia una "sociología de la irreligión", apostillaba Campbell.

Debió haber otra pausa publicitaria. Luego mi sueño tomó otro rumbo'. Vi a Don Quijote. Impecablemente vestido, se paseaba por La Mancha pastoreando ovejas, gañanes y Dulcineas. Todo en pos de un ideal, como un "sueño imposible". Era sin duda el mejor teólogo de cabecera de todos los tiempos. Pero no estaba el tiempo para herejías. Por eso, en ese momento, a él y a mí, nos interrumpió Stoetzel con una pregunta insidiosa: "¿Qué pensamos los europeos?" ¿Los europeos? ¿Dónde había oído yo esa palabra últimamente? La Mancha era un inmenso campus universitario. España

es diferente, y la isla de La Cartuja sigue en Sevilla. ¡Ah, sí...!, claro, claro, ¡los europeos!, sí, sí, ya recuerdo. ¡¡¡Maastricht!!!

-¡¡En marcha!!-

Me pescaron buscándolo en el mapa y me suspendieron en el examen de geografía. ¡Qué pesadilla, madre, qué pesadilla! "La razón pura", de Kant, es la mejor aspirina contra las pesadillas, pensé. Y me volví a quedar dormido.

Meslier me hizo retomar el hilo de la tertulia con su "crítica de la religión y del estado". Pero como todos hablaban al mismo tiempo, yo no entendía nada. González Blasco y González Anleo discutían sobre "religión y sociedad en la España de los 90". Qué atrás quedaban ya aquellos dorados años de los 90. Sevilla capital de España y olé. Pero ¡jaja! que ésta no es la España de mi "San Manuel Bueno, mártir", le decía Unamuno a Camilo José Cela, al tiempo que se tomaban una copa de vino del Ribeiro. No meta usted más santos en España, que hay ya suficientes. Quien sí se metió, aprovechando la ocasión, fue Russell para explicar, dijo, "por qué no soy cristiano". El, yo sí. Es "la huida de Dios" terció Picard. Un cura simpatizante del Opus asentía con la cabeza. Pero Nietzsche, con cierto cabreo, anunció la llegada del "Anticristo". Guerra sonreía desde su escaño parlamentario.

¿Cuándo amanecería? Aproveché la nueva pausa de la publicidad para echar un vistazo por la ventana. Antonio Machado paseaba su nostalgia por los "campos de Castilla". Vi también a Sartre que, como si de un peregrino a Santiago se tratara, dialogaba por el camino con "el diablo y el buen Dios". "Los ateos me aburren porque se pasan el día hablando de Dios". -Quién acababa de decir algo tan bonito? Anoté la frase en mi bloc de notas. Ah, sí, era una de las "opiniones de un payaso" de Böll. La vida es un gran circo. De pronto vi a todos los contertulios subir y bajar por los mástiles a lo más alto del circo. Un trapecio se balanceaba de lado a lado. Y en el alambre más alto, en perfecto equilibrio funicular, sobre su silla de ruedas Hawking contaba sus "historias del tiempo". Todo lo explicaba inexplicablemente bien. "Del big-bang a los agujeros negros". ¿Negros? ¡Podrían televisarlos a color!, grité. Alguien debió oír mi pensamiento. Todos oyeron mi pensamiento, porque como un solo hombre vociferaron: ¡cállate, gamberro! El

Bernabeu era un delirio enloquecedor, Zamorano acababa de meter el gol de la nueva era. ¿Nueva? ¿O sería R. Carlos?

Hice silencio. ¿De dónde venía el silencio? Oí que Hans Küng preguntaba: "¿Existe Dios?". Me pareció buena pregunta para estos tiempos de increencia. ¿Habríamos pasado "del anatema al diálogo", como quería Garaudy? Vi que la sociedad española, enredada en los asuntos de la democracia, no se pronunciaba. Mientras tanto, rusos y americanos hacían ejercicios espirituales en el Coliseo de Roma. Yo aproveché para sacarme una piedra del muro de Berlín que tenía metida en el zapato. "Esto es el porvenir de una ilusión" comentaba Freud mientras psicoanalizaba a los contertulios. Es "el sistema de la sociedad moderna" le replicaba Parsons. ¡Se acaba la función!, gritó alguien. El diablo proseguía su minicumbre en el paraíso terrenal. A esas horas celebraba un almuerzo de trabajo con Adán y Eva. Llevaban corbatas de verde higuera. Una hora menos en Canarias, decía la radio. Y Octavio Paz, justo en ese momento, colocaba "la llama doble" en lo más alto del Popocatepetl y del Iztaccíhuatl. En ese instante sonó mi despertador. El noticiero daba el número de muertos por accidente en carretera, los agujeros bancarios, el aumento progresivo de parados y los números de la bonoloto. Una ducha de agua fría me devolvería a la realidad. ¿Cuál realidad? ¿El agua era una realidad? Recordé las montañas de mi tierra navarra y aquellos versos que un día escribí sobre una piedra del río para que la corriente los llevara:

Canción de musgo
y estrofa de agua
guarda la piedra
en un pentagrama
grabado en niebla.

Canción del agua
tan limpia y clara
en la falda verde
de la montaña.

Pero yo, ¿era yo una realidad? Me miré al espejo:
Hombre soy, dije,
tatuado de palabra y silencio,

programado estoy
para ser grito eterno de vida,
profeta más acá del tiempo
que ha de sembrar de inocencia
tu verdad, oh Dios,
tu inmanencia.

Abrí la ventana. Se iniciaba un nuevo día. Oí el ulular de una ambulancia. Las calles se colapsaban. España deambulaba a motor calado por la Europa de las distintas velocidades. Y Anguita dirigía el tráfico en la nueva España. La mañana se llenaba de cristos tempraneros que iban camino del trabajo o del despido. Lloverá en Galicia, decía la radio. Niebla persistente en ambas Castillas. Subirán las temperaturas en Andalucía. Miré por la ventana, a lo lejos, muy lejos, adiviné el horizonte. Un Ave de paso seesteaba en Sevilla. Catalunya seguía a orillas del Mediterráneo. Y Euskadi era patrimonio de la humanidad.

Apagué el radio, con tanto comercial se colapsaba mi cabeza. Salí al jardín a respirar el relente de la mañana.

Ya camino de la diaria tarea y con la cabeza más despejada, ¿despejada?, todo me parecía excepcionalmente hermoso. Había como una especial y ecológica armonía en las cosas. Le di gracias a Dios por el nuevo día. Desde las flores de los jardines, a los políticos de turno; desde las amas de casa que madrugaban a hacer la compra, a los intelectuales; desde la Cibeles, a la plaza de La Seo en Zaragoza; porque todo, todo tenía sentido, armonía. Y en África, América, Europa, Oceanía, Asia, había paz. ¿Paz? Los aviones de Clinton sobrevolaban nuestra aldea global, mientras en el paraíso terrenal se prolongaba la minicumbre, a la sombra del árbol del bien y del mal.